

GIL GONZÁLEZ DÁVILA. *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*. Estudio introductorio y notas Baltasar Cuart Moner, Ediciones Diputación de Salamanca - Ediciones Universidad de Salamanca, 1994.

En Salamanca, de la imprenta de Artus Taberniel, año de 1606, recién salía un voluminoso libro sobre la historia de la ciudad: la *Historia de las Antigüedades de la Ciudad de Salamanca. Vidas de sus Obispos y cosas sucedidas en su tiempo*. El racionero de la Iglesia Mayor, don Gil González Dávila, contribuía con él a la implantación de una fructífera moda historiográfica e intentaba complimentar con este trabajo al rey Felipe III, a quien lo dirigió, como recordatorio quizá de la dotación del empleo en la Corte que pretendía. El profesor Cuart introduce ahora este texto de forma rigurosa, bien documentada y con ágil y atractivo lenguaje. Pone de manifiesto cómo la parquedad y la sencillez del estilo literario empleado por don Gil, contrasta vivamente con el barroquismo de su concepción historiográfica: Después de un colosal trabajo de investigación archivística y bibliográfica, partió González Dávila del ideal renacentista de considerar a la historia como parte de la retórica; una exposición ordenada de los hechos, de sus causas y sus consecuencias, buscando la ejemplaridad de lo narrado y su sentido persuasivo. Los males de España eran achacables a la «novedad», a las alteraciones del orden natural. Era un producto de su tiempo.

La *Historia de las Antigüedades de la ciudad de Salamanca* fue un trabajo científico de indiscutible y meritorio valor a comienzos del siglo XVII, pero que se usó históricamente y se usa ahora más para la referencia marginal que para su lectura y aprovechamiento directo. Una parte de la responsabilidad de este relegamiento hay que atribuirlo a las ampliaciones del texto original publicadas después por Girón y otras, con mayor difusión; pero también al subtítulo que su autor le añadió, relativo a la vida de sus obispos. Bajo este epígrafe, el libro fue consultado prioritariamente por quienes investigan la historia eclesiástica salmantina, a pesar de que su contenido real va mucho más allá de lo que indica este subtítulo, como lo pone de manifiesto en profesor Cuart.

Como racionero de la Iglesia Catedral, con larga experiencia de archivero adquirida en su dilatada estancia en Roma, tenía acceso a la documentación catedralicia; de hecho era el mejor conocedor de estos fondos, circunstancia por la cual sería nombrado como su «archibista de los archibos y papeles», el día 1 de julio de 1605¹. Pero algo que sorprende al lector contemporáneo es la facilidad con la que don Gil pudo consultar otros archivos privados, pues él mismo alude en su texto a información obtenida de los de grandes familias, de varios colegios mayores, el de la Universidad, San Esteban o el de la Compañía de Jesús. Esta sola accesibilidad es garante del prestigio intelectual que detentaba dentro de los círculos intelectuales

1. Según consta en el Libro de Actas Capitulares del Archivo de la Catedral de Salamanca, vol. 33, fol. 303v; información que agradezco a don José Herráez Hernández.

salmantinos del momento, si tenemos en cuenta la excepcionalidad de este tipo de autorizaciones.

La oportunidad de la presente reedición me parece remarcable. Hace aproximadamente un siglo que se imprimió la última historia de Salamanca, la conocida de Villar y Macías que tanto como criticamos los historiadores, tanto necesitamos y usamos, por ser el único recurso disponible para un conocimiento global del tema. Pero, mientras que la *Historia de Salamanca* de Villar y Macías adquirió y tiene una difusión extraordinaria, la escrita por González Dávila apenas circuló. Y digo que la reedición es oportuna porque la obra de don Gil está basada en el contenido de las fuentes documentales existentes a comienzos del siglo XVII, fecha en la que el trabajo se estaba llevando a cabo; y porque los datos fueron utilizados mediando un severo criticismo, inusual para aquellas alturas de los tiempos. La historia de Gil González Dávila aglutina información que el autor recabó de la mayoría —sino de todos— los archivos ciudadanos, datos con los que conjugó los conocimientos de la tradición histórica oral y escrita, incluso la fantasmiosa. El análisis de la información recogida y de la omitida, del claro sentido didáctico y ejemplarizante del texto original, de sus limitaciones y sus logros, me parece importante. El recogió, ordenó, matizó, evaluó y criticó un conjunto informativo que, hasta ese preciso momento, nunca había sido ni unificado, ni tratado de ese modo. Esta nueva llamada de atención sobre una fuente tan rica interesa aún más ahora, en la que varios investigadores se afanan en redactar una historia ciudadana más completa.

Pues bien, acorde con la meticulosa investigación de don Gil, considero el estudio introductorio del profesor Cuart en la presente edición. El conocimiento de la historia y la historiografía barrocas, de muchos de los tratados clásicos, medievales y renacentistas utilizados por don Gil, y una espléndida pluma que conjuga a la perfección criticismo con claridad expositiva, configuran, en mi opinión, el estudio introductorio de Baltasar Cuart Moner, como la parte más interesante del libro para el historiador del presente.

Casi cuatrocientos años separan la edición príncipe de la actual. También en Salamanca, el día de Santa Lucía de 1995, se ofrece al lector una magnífica edición facsimilar del mismo, cuyo defecto formal más curioso quizá sea el de ser más bello que el propio original que pretendía reflejar: la encuadernación en tela color sangre de toro y oro, el papel verjurado en crema, el cosido de los cuadernillos con cabecilla,... acogen espléndidamente la imagen facsimilar de la *Historia de las Antigüedades de la ciudad de Salamanca*, realzando y dulcificando su aspecto original. Circunstancias que hacen de la presente edición una pieza editorial para usar y para conservar, tanto o más que la obra que trataba de reproducir.

ANA MARÍA CARABIAS TORRES